

EL RECURSO DEL METODO  
ASPECTOS FILOSOFICOS Y DE CRITICA  
CULTURAL Y SOCIAL

---

—Carlos Sagot—

En el siglo XVI y XVII surgieron en Europa las concepciones científicas y filosóficas que fueron la expresión de un nuevo orden socioeconómico y político. Este pugnaba por consolidarse frente al sistema feudal y su ideología de base religiosa. Se trataba de desmitificar el orden social existente, con predominio eclesiástico y de la nobleza, para proporcionar los fundamentos teóricos al movimiento de emancipación de la burguesía, la clase social emergente que tomaría las riendas años después, incluyendo también la violencia en su empresa —por entonces— revolucionaria (S. XVIII).

Había que derribar los dogmas o las ilusiones políticas, filosóficas y religiosas que ataron al hombre medieval y entorpecían el camino de la nueva ciencia y del poder burgués. (Francis Bacon y la crítica de los “ídolos”; Galileo y la nueva física; Descartes y la duda metódica; el liberalismo político y económico).

La burguesía ascendente proclamaba la realización del reino de la libertad, del progreso, y veía en la razón y la ciencia, con su nuevo método, sus instrumentos necesarios. La fe en este progreso racional y científico sería luego, precisamente, bandera del movimiento de la Ilustración.

La Santa Inquisición fue la institución que cristalizó la lucha ideológica y la represión en esta época de crisis.

En este contexto es que surge la obra de Descartes, del siglo XVII, la época del racionalismo en el campo filosófico. Pero aquí la razón ya no es el “logos” universal de los antiguos griegos, ni interesa, como en aquéllos, el conocimiento válido por sí mismo, como un fin ético, o como “amor a las ideas”. La razón se convierte a partir de Descartes en “agente subjetivo” (cogito) que desembocará en el siglo XIX en un idealismo absoluto. Además, surge el énfasis en los fines prácticos. (Francis Bacon: “conocer es poder”; Descartes busca y pregona un saber aplicable, útil a la vida, “en lugar de la filosofía especulativa” para “erigirnos así en dueños y señores de la naturaleza”. Discurso del método, VI parte).

Luego vendrá el desarrollo científico-técnico, la razón como instrumento de dominación sobre la naturaleza y en el plano social, de control sobre los grupos. Es el recurso de un método, fundado en la razón, pero que servirá aún para lo irracional, pues hay que justificar el orden social con sus contradicciones (capitalismo) y hasta para la mentira. Recordar la alusión, con motivo de la represión contra Hoffmann:

“¡Fuego! No había más remedio. Era la regla del juego. Recurso del método”. (Carpentier: III Cap. 8); lo mismo que la demagogia del Primer Magistrado, en que recurre a términos que suenan muy racionales en sus discursos y justificaciones de la represión: “Libertad”, “Independencia”, “Soberanía”, “Conciencia Cívica”, “Fidelidad a nuestras tradiciones” (idem); “Defender la Democracia”, “Defender el Orden Establecido” (V. Cap. 16).

Por lo tanto, no se trata ya de un “discurso” racional (Descartes) sino de la razón tal como ha sido puesta en práctica, un recurso de la dominación de clase, de un dictador o de un sistema internacional colonialista (Europa y EEUU).

El racionalismo postulaba un pensamiento y una conducta rígida conforme a los principios de la razón, prudente, de autocontrol, sin excesos, armoniosa. Por otro lado, al someter la sociedad al tamiz de la razón, se trataba de una teoría crítica. De una vez encontramos la oposición y la ironía al recurrir a Descartes en esta novela. El Primer Magistrado es afrancesado, pero no cartesiano. No tiene una conducta racional (y de allí la riqueza de elementos de lo “real maravilloso” que encuentra Carpentier en los dictadores éstos, a los que hace referencia la obra). No tiene la serenidad y prudencia de Descartes, sino que se guía según sus impulsos, apetitos o intereses. En lo político, se trata de un régimen represivo, que intenta opacar con la violencia y la palabrería las contradicciones que se dan en la práctica social, de una manera brutal.

Lo que se ha dado en llamar “la ironía cartesiana” en esta novela, consiste en que el Primer Magistrado es un tirano ilustrado, ostensiblemente embotado de cultura europea y francesa en particular, pero nada cartesiano, ni en sus pensamientos ni en su conducta y política.

La vida latinoamericana —se desprende del texto— transcurre con el trasfondo mítico heredado del pasado afro-precolombino, con la barbarie de sus dictaduras y una mezcla de cultura europea importada de un ambiente tropical.

El Primer Magistrado ostenta ser casi francés, para llenar ese sentimiento de inferioridad de muchos latinoamericanos que siguen la óptica impuesta desde que hemos sido colonias, si no políticas, en lo económico y cultural.

Las citas referentes a Descartes, frecuentes dentro del texto y a manera de epígrafes, son utilizadas para contar algo parecido a lo que mencionan, en relación con lo que le ocurre al dictador. Otras veces se refieren a lo opuesto, en la medida en que éste no sigue las máximas cartesianas<sup>1</sup>.

Hasta el momento, pareciera que lo ironizado es sólo lo latinoamericano y sus dictadores cultos. Europa sería la civilizada, culta, racional y humanista. Pero la ironía, y en el fondo la crítica, va dirigida también contra la misma Europa y Descartes. Frente a su civilización y cultura, y el racionalismo que pregonó, “ciertas barbaries resultaban inadmisibles”. Recuérdese aquí la

disputa de Peralta y el Primer Magistrado con el Ilustre Académico, sobre los exterminios masivos, las torturas y las prolongadas guerras europeas (III Cap. 16). Además, debemos tomar en cuenta que adonde han llevado los europeos su civilización y cultura —las regiones que hoy llaman “tercer mundo”, sus ex colonias— también llevaron y trajeron la explotación, la servidumbre o la esclavitud, acompañadas de la ideología en su acepción peyorativa (la, vgr., cruz o la espada). No es que Carpentier niegue el racionalismo; al contrario Pero reclama para la práctica lo que sólo es ideología encubridora, tanto dentro de Europa, como de la barbarie difundida fuera de ella, lo mismo que de los gobernantes llamados “ilustrados”, que proliferaron a principios de siglo en nuestras tierras.

Con respecto a Descartes mismo, hay algunas citas que hacen referencia a lo ideológico, y como que vienen a justificar un individualismo que se desentiende del orden establecido y lo justifica: (“Los soberanos tienen el derecho de modificar en algo las costumbres”. “Mejor es modificar nuestros deseos que la ordenación del mundo”, etc.). Claro que esas “modificaciones” se refieren a las leyes arbitrarias del soberano —el Primer Magistrado— y sus ocurrencias increíbles, lo mismo que la violencia institucional desatada. Se trata, en suma, de recursos que tienen de racional sólo el método (recordemos que hoy las organizaciones policíacas y militares tienen sus oficinas de “inteligencia”), y de desenmascarar la ideología tras las bellas palabras.

Es digna de señalar aquí, por otro lado, la manera en que cómicamente se presenta y se ridiculiza la aceptación abierta del colonialismo cultural norteamericano, en el pasaje sobre la enseñanza de origen norteamericano, y las navidades convertidas en Christmas, las Navidades Nórdicas (Cap. V, 14). Pues ni en Belén, ni en Latinoamérica había renos, pinos navideños, nieve, ni Santa Claus, ni ningún San Nicolás que tuviera que ver con negocios de jugueterías, sino Reyes Magos. Esta alusión deja pensar cómo la dominación económica trae la cultural, y cómo el capital lo corroe todo en el sistema, incluso las fiestas religiosas que se vuelven fiestas del comercio.

En cuanto al recargo de erudición europea en esta novela, hay que recordar que se trata de un tirano **ilustrado**, pero es también una caricatura. De allí la exageración, ese barroco cultural que es más del autor que del personaje. Indudablemente hay, desde este punto de vista, una identificación entre Carpentier y el Primer Magistrado. Recordemos sus vastos conocimientos de música y de cultura europea y latinoamericana. Pero nada de lo dicho hace criticable la exageración de elementos culturales europeos presentes en esta novela, si se trata de una caricatura del culto a lo europeo. Pues los latinoamericanos, por razones que no podemos discutir en este espacio, se han visto obligados a tener la vista puesta en Europa, cuando no en EEUU.

La posición política del autor queda manifiesta por la denuncia del orden establecido, que en la novela se proyecta a nuestros días —la “Cárcel Modelo”, la intervención militar norteamericana, las torturas, etc., no son cosa sólo del pasado—, y el acercamiento o simpatía en que se toma con seriedad el movimiento revolucionario y sus personajes (El Estudiante).

Esta obra literaria, como vemos, es un ejemplo de una creación artística que se inscribe dentro de una estética comprometida con las luchas del

pueblo latinoamericano sin soslayar lo universal. Se trata por lo tanto, de un arte no evasivo que logra conciliar el espacio del entretenimiento y el goce estético con la denuncia y la crítica.

Departamento de Filosofía  
Universidad Nacional  
Heredia

---

1. Aparte de los epígrafes de Descartes, hay que tener en cuenta, si se quisiera hacer un comentario más detallado, las siguientes referencias a Descartes dentro del texto. Estas páginas son de la 3a. edición, siglo XXI. México, 1974. Págs. 22, 26, 100, 112, 121, 124, 193, 285, 298, 309 y 319.